

FUENTE: [HTTP://WWW.ABC.COM.PY/EDICION-IMPRESA/SUPLEMENTOS/CULTURAL/EL-SIGLO-DE-SAMSA-1415812.HTML](http://www.abc.com.py/edicion-impresas/suplementos/cultural/el-siglo-de-samsa-1415812.html)

11 DE OCTUBRE DE 2015
| 1915-2015

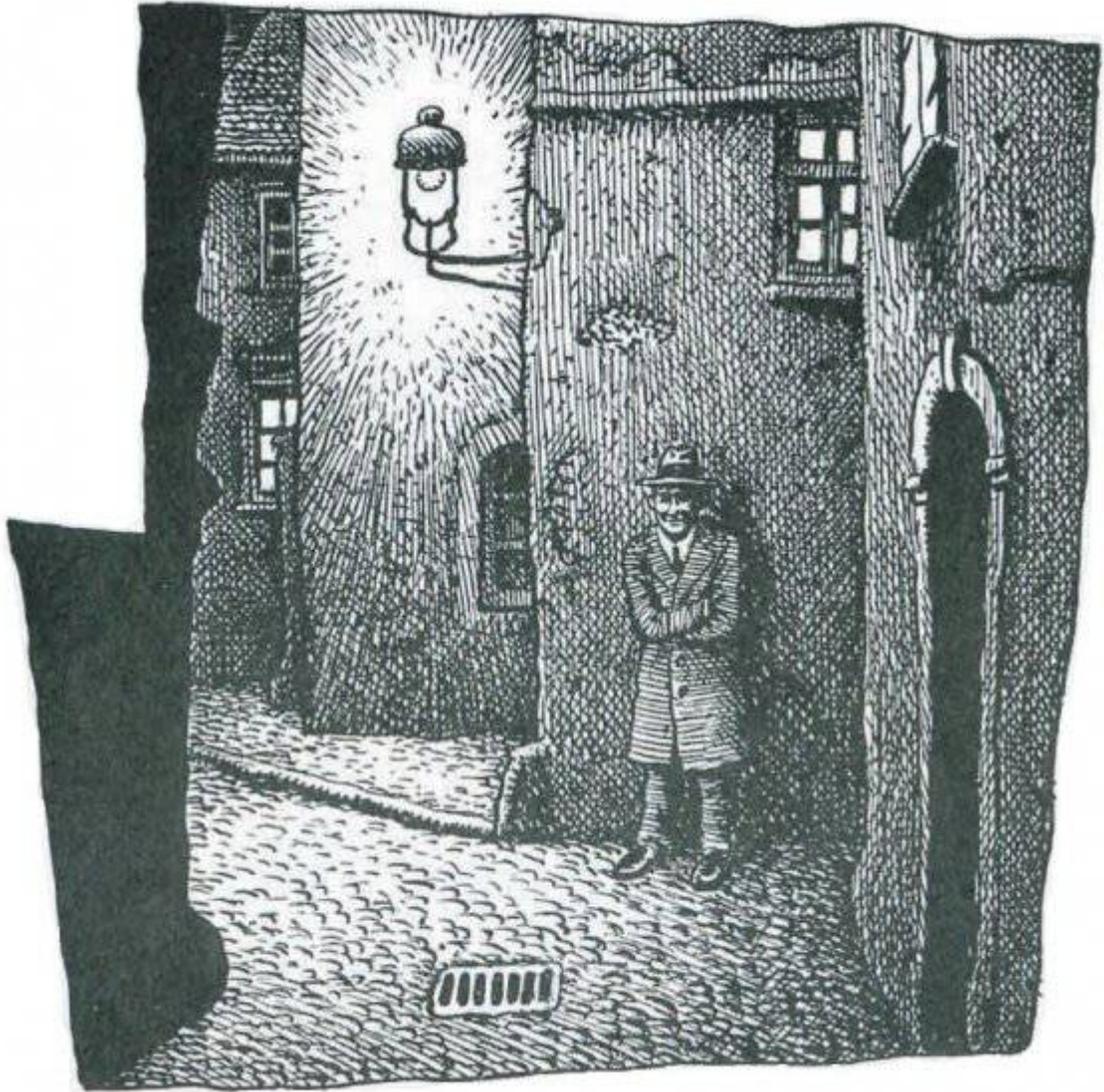
El siglo de Samsa

Por Julián Sorel

«Al despertar Gregorio Samsa una mañana después de un sueño agitado, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto» quizá sea uno de los más soberbios comienzos de la historia de la literatura, y el 2015 es el año del centenario de la publicación de La metamorfosis (Die Verwandlung), que apareció por vez primera en octubre de 1915 en la revista Die weissen Blätter, de Leipzig.

• Imágenes





FRANZ KAFKA
DIE VERWANDLUNG



DER JÜNGSTE TAG • 22/23
KURT WOLFF VERLAG · LEIPZIG
1 9 1 6



Vista de la Praga natal de Kafka, por Robert Crumb. / ABC
Color*AMPLIAR*

ETIQUETAS

- - GREGORIO SAMSA
 - FRANZ KAFKA

El 17 de noviembre de 1912, Franz Kafka –que nació en Praga en 1883, que trabajó en una compañía de seguros, que murió tuberculoso en 1924– anunció a su novia berlinesa, Felice Bauer, en una carta, que iba a escribir un cuento («un cuento que me ha venido

a la mente en la cama, en plena aflicción, y que me asedia desde lo más hondo de mí mismo»).

A la semana siguiente, el domingo 25 de noviembre por la mañana, Kafka fue a visitar a su amigo, el pianista y crítico musical ciego Oskar Baum, y le leyó parte de esa historia, que terminaría de escribir a fin de año. Kafka escribió, pues, *La metamorfosis* en dos semanas, entre fines de noviembre e inicios de diciembre de 1912.

(Una década después, y dos años antes de morir, por cierto, en 1922, tendría tiempo de, curiosamente, desestimar la versión húngara de esta hoy centenaria obra; «curiosamente» digo porque esa versión era de Sandor Marai).

«Al despertar Gregorio Samsa una mañana tras un sueño agitado, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto» es el soberbio inicio de este libro cuyo centenario se conmemora este mes. Que el pavor incommunicable –lo incommunicable está

simbolizado en el hecho de que el Gregorio Samsa metamorfoseado entiende lo que otros dicen pero solo puede emitir sonidos para los demás ininteligibles— de esta mutación no es una mera fantasía sino que habla de un horror fundamental lo ha señalado hace poco el maestro del horror body David Cronenberg, que, hablando de las especulaciones que *La mosca* (1986), el filme dirigido por él, suscitó en su momento acerca de la transformación de Brundle en Brundle-fly como metáfora del sida, apunta esta rara, perturbadora idea:

«Es comprensible; el sida, en la mente de todos, era una vasta gama de males que se estaba revelando gradualmente. Pero para mí la enfermedad de Brundle era más fundamental: de una forma artificialmente acelerada, él estaba envejeciendo».

Y en el mismo texto, párrafos después, añade:

«¿Hubiera sido diferente la historia si esa mañana fatal la familia Samsa no hubiera hallado en su habitación al joven viajante de

comercio que los mantenía sino a un endeble y agitado octogenario semiciego con muletas temblorosas como varillas o partes de insecto, que balbuceara incoherencias, se ensuciara en los pantalones y, desde el país de sombras de su demencia, contagiara angustia e inoculase culpa? ¿Si tras un sueño intranquilo Gregorio Samsa hubiera despertado en su cama convertido en un inválido y pegajoso anciano?».

(David Cronenberg: «The Beetle and the Fly», The Paris Review, viernes 17 de enero del 2014. Traducción de M. Álvarez).

Sabemos, por el diario de Max Brod –en cuya casa también, como le cuenta, en otra carta, a Felice, lee en voz alta Die Verwandlung–, que la gente comenzó a hablar de la novela y que Kafka, así, en marzo de 1913 recibió una oferta del editor Kurt Wolff para publicarla, al parecer por recomendación de un compinche, el novelista, dramaturgo y poeta checo Franz Werfel.

(Por casarse con el cual, dicho sea de paso, una de las mujeres más deseadas de su época, Alma Mahler, o, para no omitir los apellidos

de sus matrimonios con músico, arquitecto y escritor ilustres –no le sumaron letras Kokoschka, Klimt ni los otros ilustres con los que no se casó–, Alma Schindler de Mahler Gropius Werfel, viuda del compositor Gustav Mahler, se divorció del fundador de la Bauhaus).

También por entonces se interesó en la novela Franz Blei, de la revista expresionista Die weissen Blätter, de Leipzig, y el gran Robert Musil le escribió solicitándola para Die Neue Rundschau –y, de paso, para invitarlo a colaborar en sus páginas–. Pero la Gran Guerra estalló, Musil fue llamado a filas y tuvo que marchar al frente y Blei decidió olvidarse por el momento de la publicación de textos literarios.

La primavera de 1915 trajo un nuevo editor en jefe para Die weissen Blätter, el poeta René Schickele, y Kafka le llevó su obra, que apareció en octubre en la revista, y en diciembre en forma de libro (con fecha, no obstante, como podrán observar los lectores en la ilustración que acompaña este artículo, de 1916), en la editorial de

Kurt Wolff, en dos volúmenes, los números 22 y 23 de la colección Der Jüngste Tag (El Juicio Final).

Como también podrán observar los lectores en la misma ilustración, en la carátula de esa primera edición –que ahora cumple cien años– de la nouvelle kafkiana, un dibujo de Ottomar Starke representa a un hombre de pie, que se cubre el rostro con las manos, dando la espalda a una habitación cuya puerta está entreabierta, sin que podamos, empero, ver su interior, al parecer en las sombras.

Allí, a solas con el estupor incommunicable de su metamorfosis, aunque no podemos verlo, hoy sabemos que está Gregorio Samsa, o lo que un día fue Gregorio Samsa. Y cuando esta historia no era universalmente conocida como en nuestros días, días en que lo es tanto que ni siquiera es preciso haberla leído para saber de qué se trata, los que vieron este dibujo habrán comprendido que en ese rincón tenebroso que se encuentra fuera del alcance de la mirada está lo que hace al hombre dibujado por Starke cubrirse el rostro.

Allí, en ese turbio desorden de las regiones oscuras que escapan al alcance de nuestros ojos se encuentran los fundamentos y fuentes de lo visible. Y eso, lo que no vemos ni podremos ver jamás, es lo realmente importante, como Franz Kafka –que, al saber que Starke haría un dibujo para la tapa del libro, le escribió a Meyer, de la editorial Kurt Wolff, que el insecto «no debe ser dibujado, ni siquiera mostrado desde lejos»– supo siempre.

juliansorel20@gmail.com